

**LA VOCACIÓN ESPECÍFICA
DEL LAICADO:**

***“SER EN EL MUNDO,
SIN SER DEL MUNDO
Y SER PARA EL MUNDO”***

Ser en el mundo

Aunque la palabra "laico" o su femenino "laica" proviene del griego "laikos", que significa "miembro del pueblo", en la Iglesia se ha introducido la costumbre de reservar este nombre para quienes no pertenecemos al clero, ni a una congregación religiosa.



Las personas laicas, seculares, tenemos una vocación específica que consiste en **estar inmersas en el mundo** real, tal y como se configura en este tiempo, en el hoy que constituye nuestra historia y nuestra cotidianidad. **Es vivir en las condiciones de todas las personas** (creyentes o no), participando de las realidades culturales, sociales, económicas y políticas de nuestro tiempo, del siglo XXI.

Estar en el mundo es hacer nuestra vida **asumiendo** que la realidad es un entramado muy **complejo** y cambiante y, desde la perspectiva ética, **ambiguo**, pues en ella se entremezclan elementos liberadores y opresores, fuerzas constructivas y destructivas, bienes y males, que hacen que, también en el presente, sea verdad que *"toda la creación gime y sufre con dolores de parto"* (Rm 8, 22) esperando su liberación.

En nuestro mundo existen dinamismos perversos que, en palabras del Ratzinger teólogo *"arrastran a la humanidad hacia ataduras de las que no nos podemos liberar"* y entre las que cita *"los poderes del mercado, del tráfico de armas, de drogas y de personas, (...) la ideología del éxito y del bienestar"*¹ Pero también existen dinamismos liberadores que se manifiestan en la creciente sensibilidad hacia el respeto a la dignidad de todas las personas, de cada persona; en los esfuerzos por organizar la convivencia a partir del reconocimiento de los Derechos Humanos; en la sensibilidad y acciones a favor de la paz, de la sostenibilidad del planeta y de la redistribución de bienes para erradicar la pobreza injusta, por citar sólo algunos.

Estar en el mundo no es, para el ser humano que quiere ser libre, un mero hecho físico, como pueda ser el del resto de los seres vivos, sino, sobre todo una actitud interior de implicación consciente. Es una vocación, una llamada a desplegar la propia vida entrando de lleno en el denso entramado de la realidad.

¹ RATZINGER, J, *Jesús de Nazareth*, Pg. 2002

Esta presencia consciente lleva a cada persona a tomar una decisión fundamental que oriente su existencia. Querámoslo o no, es inevitable tomar partido, elegir entre ponernos del lado de la dinámica de las fuerzas liberadoras o bien del lado de los dinamismos opresores. La neutralidad no es posible: por acción u omisión, estaremos más en una dirección que en otra, aunque a veces, viviendo distraídos”, no nos percatamos de en qué dirección vamos. Y, en este privilegiado barrio del Norte en que vivimos, no nos faltan elementos “distractores”.

Abdicar de esta implicación consciente es tanto como abdicar de un dato básico de nuestra existencia humana, porque somos sujetos conscientes de la historia que no es otra cosa que el resultado de la libertad humana que actúa en el mundo.

Sin ser del mundo

Pero no son del mundo². Esta expresión, que Juan pone en boca de Jesús, fuera del marco del Evangelio y de la teología, puede tener una resonancia impropia porque es un dato antropológico que los seres humanos somos “constitutivamente mundanos”, formamos parte del mundo natural y cultural en que hacemos nuestra vida, que sólo subsiste cuando logramos una relación competente con nuestro entorno (somos seres carenciales y relacionales). En eso, justamente, consiste la educación en el útero social al que pasamos tras abandonar prematuramente el útero materno: en habilitar a la persona para establecer una relación competente con el mundo, consigo misma y con las demás personas.

Sin negar, en absoluto, lo anterior, desde la perspectiva teológica, las cristianas y los cristianos, creemos que, siendo seres constitutivamente mundanos, paradójicamente, no pertenecemos al mundo. Las cristianas y los cristianos, hemos sido consagrados por el Bautismo, **para vivir en el mundo desde el Dios del Reino, ocupándonos del reinado de Dios.**

El Dios de Jesús, en quien creemos, tiene un Proyecto para el mundo: que sea la casa común donde todos sus hijos e hijas puedan vivir como una familia que se ama, porque se reconoce previamente amada, una familia en que nadie tiene los derechos de primogenitura y en la que quienes más lo necesitan, por sus debilidades o carencias, reciben más y mejores cuidados. Un proyecto por tanto de verdad, de justicia, de amor y de paz.

Este proyecto de Dios para el mundo, que en la terminología teológica denominamos **Reino de Dios**, es un Proyecto que, aunque va avanzando históricamente en realizaciones humanas, culturales, sociales, ideológicas y políticas de diversa índole, nunca llega a ser abarcado por ninguna de ellas, que son siempre limitadas, sino que las impulsa y trasciende.

² Cfr. Jn 17, 9-20

Este Proyecto es, para nosotros, cristianas y cristianos, un regalo que hemos recibido gratuitamente y una tarea a la que nos dedicamos (consagramos) de por vida. Es un proyecto para el mundo y contando con el mundo y con las personas.

Pero el mundo no se agota en sí mismo (no es pura inmanencia) porque Dios ha querido que sea el lugar en que se inicie su proyecto de **vida en plenitud para todas las personas**, lo que responde a la categoría teológica “**historia de la salvación**”, que trasciende nuestro espacio y tiempo, que se ha iniciado ya, pero que tendrá un culmen transhistórico.

A nuestros oídos postmodernos nos dice más bien poco el término “salvación” que como enuncia el diccionario es “poner a seguro”, pues sólo la entendemos para situaciones muy concretas: una catástrofe o un peligro inminente del que nos salvamos o nos salvan.

Cuando se vive con la convicción de que estamos en el mejor de los mundos posibles, cuando se transmite la ideología del final de la historia, como se propone desde el pensamiento único neoliberal, que impregna las conciencias de este Siglo XXI, ¿de qué nos podemos poner a salvo? Si esto es lo que hay, y es lo mejor posible ¿Qué salvación se puede esperar? y además ¿De quién esperar la salvación si estamos solos en el universo?

Entonces surge la reacción pragmática, el “sálvese quien pueda” tanto en el plano individual como en el de las distintas sociedades del planeta, que genera y justifica, incluso en sonadas cumbres multilaterales, las crecientes desigualdades injustas. No importan las víctimas, no importa el sufrimiento infligido a los más débiles a escala planetaria, local e incluso familiar, como si la historia fuera el fruto del destino y no de nuestra libertad y como si nosotros hubiéramos tomado el antídoto de la compasión.

Sin embargo, hoy surgen cada vez más personas y colectivos ciudadanos que, no aceptando la ideología del final de la historia, creen que **otro mundo es posible**, porque éste es insostenible y, además, insoportable desde el punto de vista de la justicia.

Desde la perspectiva cristiana, también tenemos que afirmar que otro mundo es deseable y posible, no sólo porque éste es insostenible e insoportable, que lo es, sino porque Dios mismo está empeñado en ello, se ha comprometido con la historia humana, razón última de nuestra esperanza que nos lleva a creer en lo que aún no se ve.

Si hablamos del Dios cristiano, hablamos de un Dios que está hecho historia humana, un Dios que, por propia iniciativa suya desciende: baja al mundo, viene, se comunica, actúa y convoca. Un Dios que ha asumido esta realidad nuestra, pues Creación y Encarnación son dos momentos de la única actuación y comunicación de Dios al mundo.

La Historia de la Salvación no es una historia distinta a la nuestra, en otra dimensión espaciotemporal, sino esta historia humana nuestra, que tiene una dimensión trascendente y unas virtualidades para encaminarse en la dirección de ese Proyecto de Vida.

Es lo que Jesús de Nazareth expresa como finalidad de su Encarnación: *“He venido para que todos tengan vida, y vida en abundancia”* (Jn 10, 10), que concreta en la Sinagoga de Nazareth cuando al leer el texto de Isaías dice que esta escritura se cumple en él: *“el Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para traer Buenas Noticias a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor”* (Lc 4, 16-21) Y esto, Jesús no sólo lo dice, sino que lo hace, pues durante su vida, se desvivió para que todas las personas tuvieran vida en el más amplio sentido de la palabra: sustento, salud, dignidad y relaciones fraternas libres y liberadoras.

“A Dios nadie lo ha visto jamás”, pero en Jesús se nos ha revelado como el Señor de la Vida y de la historia, como el Abba, el Padre-Madre con entrañas de misericordia y ternura que tiene un amor preferencial por los pobres, por los que más lo necesitan, por los que viven en el reverso de la historia.

El Reino de Dios, que según el Evangelio “ya está entre nosotros” es ese proyecto de Vida Plena que alcanza a todas las personas. Pero es como una pequeña semilla, un poco de levadura, un tesoro escondido.

Dios ha sembrado, en el mundo las semillas del Reino que tiene una dimensión histórica, y una dimensión trascendente, que está en tensión hacia un cumplimiento pleno y definitivo (tensión escatológica: ya sí, pero todavía no).

"El Reino –escribe Faus- da razón del ser de Dios como Abba y la paternidad de Dios da fundamento y razón de ser al Reino. Jesús cree y predica que no hay acceso a Dios fuera de la búsqueda dolorosa del Reino. Pero Jesús cree y anuncia también que no hay Reino posible sino en la paternidad de Dios".

Según a qué oídos, esto del Reino puede evocar nuestros estados monárquicos. Evidentemente, nada tiene que ver con la visión contemporánea de las monarquías, aunque sí con la visión que se tenía en Israel donde la función principal del rey era administrar una verdadera justicia en favor de los más indefensos, socialmente hablando, único medio para asegurar el bienestar de todos dentro de la comunidad. La sensibilidad o preocupación por la justicia social constituía, para los hebreos, la piedra de toque del verdadero rey. El salmista, hablando del rey ideal, dice así: *«Que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador»* (Sal 72,4).

Por eso vivir desde el Dios del Reino ocupándonos del Reino de Dios se puede resumir como dice el Profeta Miqueas en *“Practicar la justicia, amar con ternura y caminar humildemente con tu Dios”* (Miq. 6,8).

Ser para el mundo:

El reinado de Dios no es un reinado al estilo de este mundo, no tiene ni sus propósitos ni sus procedimientos. Jesús, con quien se inicia el reinado de Dios, muere, ejecutado por los poderes civiles y religiosos de su tiempo, en el trono de la Cruz. Pero sí es **para el mundo**, para este mundo nuestro, por lo que a los cristianos y cristianas nos toca ejercer en el mundo esa función regia de Cristo, de la que participamos por el bautismo, como también participamos de su función sacerdotal y profética³.

Este ser para el mundo, vocación del laicado, consiste según el Concilio Vaticano II en *“buscar el Reino de Dios **tratando y ordenando los asuntos temporales**”*⁴ en innumerables campos de actuación en pleno mundo, con competencia y preparación, respetando las leyes internas y la consistencia propia de las realidades terrestres, es decir, por los medios naturales de la ciencia y de la técnica. No tengo duda de que el modelo de sociedad democrática y plural en que vivimos, posibilita a los cristianos intervenir de acuerdo con sus convicciones en las leyes, pautas de conducta y reglas de vida, en todos los ámbitos y en particular en el ámbito político que nos encomienda el Concilio: *“Quienes son capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, luchan con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político; conságrense con sinceridad y rectitud, más aún con caridad y fortaleza política al servicio de todos”*⁵.

Estamos de acuerdo con Estrada cuando afirma que “hoy es posible una mayor presencia pública del cristianismo en la sociedad, sin confinar la religión al ámbito privado, pero no desde la presión de la Iglesia institucional, cada vez con menos poder político y menos influencia cultural, sino desde un laicado protagonista, competente y capaz de intervenir en igualdad de condiciones en los debates sociales”.

Esta misión del laicado es un servicio al mundo, conectado al Proyecto de Dios, pues como dice la GS *«la fe lo ilumina todo con una luz nueva y manifiesta el plan de Dios sobre la vocación integral del hombre, y por ello dirige la mente hacia soluciones plenamente humanas»*⁶.

³ «Incorporados a Cristo mediante el bautismo, (...) participan a su manera de la función sacerdotal, profética y regia de Cristo y ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (VAT-II. Lumen Gentium, 31).

⁴ LG n° 31

⁵ GS n° 75

⁶ GS n° 11

Ser para el mundo es, en definitiva: **hacerse cargo de la realidad, cargar con la realidad y encargarse de la realidad**, según la síntesis Zubiriana, retomada por Ellacuría.

En primer lugar Dios se **ha hecho cargo** de la realidad y nosotros también tenemos que hacernos cargo de la realidad, estar en la realidad “real” (no ideal) de las cosas, de las situaciones, con las mediaciones que ponemos (análisis de la realidad, conocimiento, trabajo, organización, etc...).

Las visiones de la realidad nunca son ni pueden ser neutrales y la visión que tengamos dependerá, como dice Galeano “del dolor con que la miremos”. Hacernos cargo de la realidad es discernir los acontecimientos de nuestra vida y del mundo, a la luz de los valores del Evangelio, desde el Espíritu de Jesús. Es el primer momento de la praxis: la lectura creyente de la realidad.

En segundo lugar, Dios al hacerse hombre, **carga con la realidad** y con él nosotros tenemos que cargar con la realidad teniendo en cuenta el carácter ético que hay que imprimirle, las consecuencias éticas derivadas de esa lectura creyente.

Dice el Concilio, *“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”*⁷.

Cargar con la realidad supone vivir, no desde la razón instrumental de la cultura dominante, que busca la eficacia a toda costa, aunque genere “daños colaterales”, no importa para quienes ni para cuantos, sino desde la razón ética y compasiva, que nos hace buscar aquellas soluciones técnicas que mejor alivien el sufrimiento de las víctimas.

En tercer lugar, Jesucristo se **encarga de la realidad** y nosotros tenemos que asumir hasta las últimas consecuencias la dimensión práctica y a la vez liberadora de la realidad. Se impone la razón diligente frente a la razón perezosa para, como dice la Evagelii Nuntiandi *“Poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo”*⁸ y para hacer presente el anuncio evangélico, con la palabra y con la vida, en todos los problemas, especialmente los más candentes de la vida del mundo.

Es el tercer momento de la praxis: el compromiso transformador que es el momento en que se verifica el sentido.

Creemos que tratar de vivir ésta síntesis de la inteligencia, la compasión y el servicio, con esperanza y entusiasmo, a pesar de las dificultades y los desaciertos, es una

⁷ GS nº 1

⁸ EN nº 70

buena forma de colaborar con el proyecto de Dios para el mundo, con la serenidad y el gozo de saber que el mundo y nosotros estamos en buenas manos.